

Parte 3

Pasaron dos años. Ashua no se decidía a volver a su tierra ante la creciente insistencia de los suyos. Había cambios: el campo rebosaba de cultivos, Laurinda se había ido a vivir con su ahora esposo, Nicasia y Dalmiro se habían casado y se instalaron en la casa de Don Cardoso, Luna y Faustino estaban por hacerlo. Ella no quería saber nada de ceremonias en la iglesia. Por eso, así de un día para el otro levantaron un rancho sencillo al lado del de Waylla y se pusieron a compartir la vida. Claro que no faltó la fiesta a la que por primera vez Ashua se presentó con Celeste. Muy rápido se puso a conversar; no era lenta para entrar en confianza.

Después de ese día, ella lo acompañaba todos los meses. El tiempo que pasaban juntos era de compartir pero sin hacer demasiados planes futuros: quererse, hacer cosas en la capilla, leer, algún almuerzo el domingo con la familia de ella o alguna cena en su cuarto a la espera de la sobremesa o, mejor dicho de la sobrecama. Muchas conversaciones, discusiones, pero nunca un enojo serio; las más conflictivas se presentaban con el tema de Yana.

—Se vienen las elecciones y necesito tu ayuda.

No pudo negarse y ni siquiera le preguntó de qué se trataba.

Ese domingo, de madrugada, anduvo de rancho en rancho, meta repartir bolsones de comidas y las boletas que tenían que meter en las urnas. Le decía que ese era el voto para el “señor Flores”, aunque él no era candidato, pero sí mucha gente con la que él trabajaba para el bien de los más necesitados. “Va a pasar una camioneta a buscarlos para llevarlos a votar”, concluía y saludaba con voz casi imperceptible. A la hora de recibir su boleta, Ashua le dijo a Yana que no podía hacer eso porque tenía que ir a votar a su lugar. “No te preocupes, hermanito, nosotros te agregamos en el padrón”, le contestó y le dio una palmada en la espalda, “meta”.

—Eso es fraude —le dijo Celeste.

Entró al cuarto oscuro con la boleta estrujada en la mano, pero no la metió en el sobre. Así, en la urna, ese sobre sólo estaba lleno de aire.

—Al menos me has hecho caso una vez.

Por la noche hubo fiesta en el local del centro y Yana, con una botella en la mano lo abrazó. Ni bien pudo regresó a su casa con la mala suerte de cruzarse con ella.

El enojo hecho silencio duró un tiempo y se diluyó con las actividades en la capilla y las caricias en la cama, aunque ella nunca justificó lo que hacía Ashua y este nunca terminó de entender

por qué tanto enojo con ese tema. Igual trataba de ver a Yana lo menos posible y hasta logró varias veces esquivarlo a la hora de ir a entregar los bolsones de comida. Por suerte, después de las elecciones Yana estaba más ocupado y disponía de poco tiempo para verlo. Por lo demás, la entrega de comida se había espaciado: ahora no se hacía en forma mensual y los bolsones llegaban cada tanto. Eso lo alivió de una preocupación a Ashua para dar lugar a otra: las paredes, la capilla, las conversaciones con ella, todo se teñía de política y él entendía poco y nada del tema, pero en ese ámbito no podía mantenerse indiferente, porque corría el riesgo de quedar al margen de todo, incluso de ella.

“Cristo fue el primer revolucionario”. Las misas del Padre Juan eran cada vez más politizadas. Hablaba de muchos pobres que padecían y de los pocos ricos que consumían lo que la mayoría producía, decía que las injusticias debían resolverse en la tierra y no en el cielo. “Cristo fue el primer revolucionario y ser cristiano es ser revolucionario”, afirmaba y miraba a su público, en su mayoría jóvenes, que no faltaban a ninguna misa, porque lo tomaban como un acto de militancia.

Un domingo, después del sermón, le pidió a un grupo que se quedara que les iba a presentar a unos “compañeros” que venía del campo, de un lugar muy alejado. Así fue que entre vino y empanadas, conocieron a las “Ligas Campesinas”. La pareja contó de su lucha y se comprometieron en volver muy pronto para transmitir su experiencia a los más jóvenes.

Celeste se veía exultante. Andaba con un libro que cada tanto releía y le comentaba: “este que ves representa el nuevo hombre y es el verdadero Cristo de nuestra era”. Y la verdad que se parecía mucho, más en esa foto en un camastro, con los ojos abiertos y la barba sucia y ensortijada: “el Cristo de nuestra era”.

Celeste se entusiasmaba y él la acompañaba y trataba de entender algo de lo que sucedía. Le parecía que muchas cosas que decía eran ciertas, pero que no había ninguna posibilidad de llevarlas adelante allí, en ese lugar donde vivían, con esa gente; que eran cosas para hacer en otro lugar y en otro tiempo. Acompañaba a Celeste, al Padre Juan y a un numeroso grupo de chicas y chicos, más porque eran su calor humano en esa ciudad que por convencimiento. Sabía que eran buenas personas y que no tenían malas intenciones. En realidad lo malo empezó a venir muy pronto, en respuesta a lo que ellos hacían. Un día, el frente de la capilla apareció pintada con letras negras: “cura hijo de puta te vamos a quemar”. Ese mismo día un montón de chicas y chicos enfrascados en un silencio que pesaba en el aire, blanquearon la pared, que quedó como nueva. Sólo el Padre Juan parecía ajeno a esa situación e hizo un sermón encendido.

Por las noches empezaron a escucharse explosiones y en los diarios empezaron a verse cuerpos ensangrentados. Las actividades en la capilla seguían, pero ahora en un clima de alerta que ponía las cabezas en lo que sucedía en la calle. No se terminaba tan de noche y siempre se salía en grupo; el propio cura se encargaba de mirar hacia todos lados antes de que la gente pisara la vereda.

Ya no se daban clases y la capilla había perdido mucha de su alegría, que retomó una nohcecita

con Ashua y Celeste tomados de la mano frente al Padre Juan, para volverla a perder para siempre. Lo peor aún no había llegado.



En pocos años Yana se hizo un hombre de ciudad y conoció lo que tenía que conocer. Con el viejo Menéndez comenzó a manejar los códigos del negocio inmobiliario; así, sabía el precio de cada hectárea en cada región de la provincia o el valor de una casa en pleno centro. Se volvió muy sagaz a la hora de encontrar esos propietarios que con desesperación regalaban su casa para palear alguna urgencia.

El viejo Menéndez se ufanaba de su honestidad y, en realidad, del punto de vista legal no le robaba a nadie; él sólo hacía sus negocios: si alguien estaba en la ruina o se debía marchar en forma urgente del lugar y tenía que vender, el viejo le hacía el favor de pagar en efectivo y en veinticuatro horas. Los urgidos se despedían con halagos a tanta bondad y el viejo suspiraba por la ayuda brindada. Don Menéndez le enseñó como un maestro el oficio y lo guio para el lado de los campos: “el corazón de nuestro negocio”, solía decirle a él y a su hijo Javier, que recién se iniciaba en el rubro.

Con Ramírez, del Consejo Comunal del Partido, aprendió otras cosas, también fundamentales para moverse en la urbe: bares donde se jugaba y apostaba, prostíbulos, los barrios, sus referentes, y lo básico de la política. También se acercó a muchas mujeres, algunas para pasar la noche y otras para formar una familia. Entre estas últimas conoció a Marta, con quien se casó al cabo de un año con la aprobación de Menéndez y Ramírez y a los diez meses tuvo mellizos. Con el sueldo de la inmobiliaria y algo que le acercaba Ramírez pudo ahorrar unos pesos y se compró una casita a pagar en cuotas a un precio que no existía: favor del viejo.

Al principio iba en forma periódica a llevarles la ayuda a su familia, ocasión que aprovechaba para visitar a Ashua, nunca con las manos vacías. Con el tiempo las visitas se espaciaron, hasta que se hizo en forma circunstancial, como algún cumpleaños o Navidad. Por eso se sorprendió cuando le dijeron que un tal muchacho de nombre extraño... Asua... Ayua, o algo así, lo buscaba. Ya casi se había olvidado de él, pero de lo que nunca se olvidó fue del favor que le debía y había aprendido de su padre el valor de ser agradecido ante la mano solidaria. Por eso no dudó en atenderlo y brindarle la ayuda para que pudiera dar los primeros pasos en la ciudad. Pero como era un convencido de que los favores se debían devolver, le pidió una ayuda en las elecciones, en las que él no era candidato, pero debía trabajar en los barrios para la gente de Ramírez, que era también hacerlo para el viejo Menéndez. Cuando este ganó, él pasó a formar parte del equipo de asesores, pero en la Cámara casi no aparecía porque el fuerte de su trabajo residía en los barrios. Veía poco al Viejo, que le había soltado la mano para que se dedicara de lleno a la política, pero siempre le dejaba las puertas abiertas por si necesitaba regresar al negocio inmobiliario.

Poco tiempo pasó para que la política le exigiera tomar decisiones y en uno de los barrios tuvo que demostrar que, cuando era necesario, era capaz de actuar con firmeza: momentos donde se jugaba su reputación y su futuro. Fue cuando un grupo de la Juventud merodeaba los barrios donde él trabajaba y decidió hablarles de buena manera. Lamentablemente los pibes se lo tomaron a la ligera y no modificaron su actitud, por lo que, a pesar de tratar de evitarlo, Yana tuvo que agarrar el revólver, llamar a dos de sus mejores hombres y resolver el problema de cuajo, sin necesidad, gracias a Dios, de que corriera sangre.

La situación se ponía cada día más difícil y los muertos regaban las calles. Su olfato le decía que algo feo se avizoraba y que era necesario guardarse por un tiempo, hasta ver cómo venía la cuestión. Y, aunque él no era el blanco del tiro que surcaba a toda velocidad el aire, su decisión no estuvo desacertada.

—¡Voy a ser mamá! —gritó, y se le colgó del cuello.

Él la abrazó con fuerza y compartió lágrimas de alegría sin pensar demasiado. Sólo sentía el calor de ese cuerpo que temblaba junto al de él y parecía contactar con ese pedazo suyo dentro de ella, la abrazaba con fuerza como el ser más entrañable que tenía.

—¡Voy a ser mamá! —le agarró la mano y se la pegó a la panza que todavía estaba chata, que no decía que allí adentro había un ser vivo, pero estaba, porque unos meses después se notaba que crecía, que empujaba y estiraba la carne de ella hasta convertir esa panza chata en un globo. Hablaron con la madre de Celeste y ella la abrazó; también la abrazaron Luna y Waylla un fin de semana que fueron para el campo. Pronto se organizó la ceremonia en la capilla.

—Voy a ser tata.

Arturo le palmeó el hombro mientras escuchaba la invitación:

—Quiero que seas mi padrino.

Lo único blanco que tenía ella era una manta y sus dientes, que regalaban sonrisas. Llevaba un vestido rebosante de flores que acompañaban otras flores que cargaba en sus manos. Él, apenas una camisa y un pantalón de colores diferentes, planchados por ella. Los bigotes bien recortados, el pelo más brillante que nunca de tanto cepillarlo y los ojos que cada tanto amenazaban con inundárseles; ese día no se puso la gorra. El Padre Juan los miró por última vez y esa noche ellos escucharon su voz por última vez. En el fondo de la capilla tomaron vino, comieron empanadas y cantaron, por última vez.

Dos días después el cuerpo del cura quedó remachado a su cama por ocho clavos de plomo y tres letras A quedaron grabadas en la puerta de la capilla.

Ashua quemó en el horno de barro un montón de papeles que tenía Celeste; vio como la cara del “nuevo Cristo” se comprimía hasta hacerse un bollo negro y desarmarse en cenizas.

—¿Por has hecho esto sin mi permiso? ¡Eran mis cosas!

—¿Has visto lo que pasa en la calle?

La mirada y el silencio de su mujer lo hirieron.

—Eso es cobardía —le dijo y salió por la puerta para regresar ya de noche.

Intentó abrazarla, acariciar su panza a salvo de la calle, pero ella lo esquivó y lo hizo sentir más miserable.

Con el paso de los días la relación se suavizó hasta que un día ella lo tomó de las manos.

—Tenías razón, era muy peligroso guardar todo eso, debemos pensar en nuestro hijo. Pero junto con su panza creció su tristeza y los sobresaltos por las noches ante las continuas explosiones. Santiago llegó una madrugada de hospital a puro llanto, para saludar a un mundo que merecía esas lágrimas.

Ashua sentía la hostilidad de esa ciudad y en la cabeza le rondaba la vuelta con los suyos, pero no se animaba a decírselo a ella. Con los meses el chico trajo sonrisas y asombros que no alcanzaron a tapar las preocupaciones diarias. Les había llegado a los oídos la muerte de una pareja que trabajaba con ellos en la capilla y Celeste empezó con los temblores que le sacudían su cuerpo de gorrión.

—Si necesitas ayuda yo tengo unos pesos guardados —le ofreció Arturo.

—Vamos al campo, allá Santiago podrá crecer en paz —se animó Ashua.

Ella aceptó en silencio, como si no hubiera otra opción, porque no se notaba entusiasmo en ese “sí, tienes razón”, sino resignación.

Se comunica a la población que a partir de la fecha, el país se encuentra bajo el control operacional de la Junta de Comandantes Generales...

La radio se escuchaba nítida y la Spika del Gringo sólo descansaba cuando lo hacían los humanos: en la siesta y por las noches, o cuando ya las pilas calentadas al sol no respondían. Allí se veía otro mundo al que anunciaba esa voz que parecía salir de adentro de un tarro de lata. Por las noches no se escuchaban explosiones, sino el canto de los grillos y de las ranas; tampoco frenadas de coches ni nada que alterara el trabajo o el sueño.

Ashua y Celeste se ubicaron en la casa de Luna, que era bastante amplia. Allí tenían una pieza donde guardaban diversas cosas y que desocuparon para ellos dos. Para él ese regreso era algo esperado después de darse cuenta de que la ciudad no era su lugar en el mundo. No se había acostumbrado a esa vida y le faltaba algo, se sentía suelto, como si flotara en la superficie de un río en el que nunca podía sumergirse. Extrañaba el arraigo de la tierra y la atadura a sus seres queridos. Ahora tenía la posibilidad de estar ahí con su pequeña familia.

A Celeste no fue fácil de convencerla y después de aceptar empezaron las dudas que tenía desde siempre: “soy un animalito de ciudad, no me voy a adaptar a esa vida”, decía. Pero el miedo fue más fuerte y allí estaba, con buen sueño por las noches, pero con una impaciencia incontenible de día.

A pesar de la diferencia de edad, Santiago había hecho buenas migas con Nicolás, el hijo de Luna y así se pasaban el día entre los yuyos o meta chapotear en la tierra. A veces se los veía entre medio de los chivos y otras pasaban a toda velocidad detrás de los perros.

El caserío había crecido junto a los surcos: un rancho al lado de otro como el maíz. A ellos les faltaba su lugar pero ya discutían la idea de aprovechar uno de los ambientes de la casa de su madre donde vivían sólo ella y el Gringo, para construir hacia atrás. Si se ponían a trabajar duro, en un par de meses podrían mudarse.

Se recomienda a todos los habitantes el estricto acatamiento de las disposiciones y directivas que emanan de la autoridad...

Celeste, al principio se la pasaba detrás del crío, hasta que tuvo que ir al surco y entonces Santiago junto con Nicolás, quedaron al cuidado de Waylla, el Gringo y los perros. El trabajo le mejoró el humor, le hizo más límpida el alma, le alivió la mente; ahora comía y dormía mejor, aunque a la hora de la siesta no podía pegar un ojo. Cuando tenía tiempo libre, sin hacer nada,

la cosa cambiaba y el humor se le ponía agrio: no me gusta tanto guiso, Santi está todo el día sucio y con los mocos pegados en la cara, no me acostumbro a hacer pis en ese pozo, tu mamá apenas me habla. Por eso Ashua siempre le conseguía alguna ocupación fuera del surco, ya fuera en el galpón, con los chivos o en la cocina, donde junto a Waylla aprendía nuevos platos, aunque Celeste detestaba cocinar. Para colmo de males, hasta que no se mudaron a la nueva casa, la cama estaba siempre fría y aunque él ardiera, ella era un hielo: “no puedo” le decía bajito y le retiraba la mano con suavidad. Por suerte las cosas cambiaron cuando se mudaron, allí ella parecía querer sacar toda su desolación y descargarla sobre el sexo de él. Así, algunas noches Ashua aprendió a disfrutar de muchos juegos nuevos, que jamás se imaginó que practicaría. Esas noches ayudaron a sobrevivir los días. Celeste se notaba más a gusto y había recuperado la fragancia a lavanda que embriagaba a Ashua.

Así como extremar el cuidado de evitar acciones y actitudes individuales o de grupo que puedan exigir la intervención drástica del personal en operaciones.

Si hasta ese día que escuchó ese comunicado por la radio, saltó sobre él y lo abrazó con fuerza: “Por suerte acá estamos seguros”.

¿Seguros? No tanto. Una mañana se adentró un jeep hasta las propias puertas de las casas. Ashua estaba en el galpón y mientras acomodaba las herramientas de trabajo sintió la voz de Celeste.

—¡Vinieron los Hombres Verdes!

Sin llegar a entender quienes habían venido, salió detrás de su mujer.

—Buenos días.

—Buenos días señores, ¿cuántas personas habitan este lugar?

El que contestaba era Kallpa. Al lado estaba Alba, Illari y Ashua y ya llegaban Waylla, el Gringo, Carmen y Nicasio. Celeste se había quedado en la puerta de la casa, rígida, apoyada contra la pared.

—¿Cuánto hace que están acá?

Mientras el jefe interrogaba, dos subordinados armados con fusiles daban vueltas alrededor de los ranchos y merodeaban por el lado de los corrales.

—Hoy comemos cabrito.

—No tienen a nadie escondido, ¿no?

Y Celeste, alejada, sentía que ese hombre de bigotes, la clavaba con la mirada contra la pared de la casa.

—Hay chivos, jefe.

—Eso será nuestro almuerzo —dijo y luego se dirigió a Kallpa—: Tenemos que seguir camino y nos espera un viaje largo, por lo que, les pido, nos permitan almorzar acá. El animal se lo pagaré como corresponde. Les pediría el favor que al chivo lo maten y lo cocinen ustedes que saben mucho más que éstos que vienen de la ciudad y, aunque se tienen que enfrentar a un enemigo temible, en su vida mataron una mosca.

—Y este solo mató a gente desarmada—comentó en voz baja un subordinado.

Faustino, que se había acercado con Luna y Nicolás, recibió la seña de Kallpa y se dirigió hacia

los corrales para elegir el chivo.

—Cállate, sino quieres un mes más de calabozo.

—Me permiten los papeles del campo por favor.

—Meta, pero ya me tiene cansado con sus bravuconadas.

Todos se miraron, Ashua intentó decir algo pero sintió que las palabras le bailaban en el mentón. Kallpa hizo un movimiento y, como sin darse cuenta, lo pisó para que cerrara la boca y dijo con voz firme:

—Acá vivimos y trabajamos desde hace muchísimos años. Primero los abuelos, después los padres, los hijos, después los nietos, hasta que en un momento nos encontramos todos juntos.

—No tienes otra que aguantártelo.

—Me parece muy lindo y muy sano tener toda la familia junta, señor, pero ustedes tienen que tener las escrituras de estas posesiones.

—Y con estos en el gobierno, quién sabe cuándo nos dan la baja.

—No tenemos ningún papel —intervino Illari —; vivimos acá con ella, la tierra, y junto a chivos, sembradíos, perros. Trabajamos de la mañana a la noche, no robamos ni molestamos a nadie. No nos creemos dueños de nada, sólo compartimos con todo lo que nos rodea.

—Esto se pone pesado, chango.

El jefe fulminó con la mirada a esa mujer que parecía delirar.

—Pero, si no tienen los papeles, ustedes están acá en forma ilegal —le dijo a Kallpa.

La conversación siguió por esos carriles hasta que el jefe ordenó:

—¡Subordinado, dígame a los que están apostados en la ruta que vengan de inmediato! ¡Usted se queda de guardia!

Al rato entró otro jeep y unas horas después todos almorzaban bajo la galería de la casa de Kallpa; en realidad sólo los Hombres Verdes comían, los demás tenían el estómago imposibilitado de recibir algún bocado.

Cuando acabaron con el chivo, el jefe se limpió la boca y habló:

—Estas tierras serán ocupadas por nosotros, que nos encontramos en una dura guerra contra la subversión. Acá se criarán animales y se sembraran verduras para alimentar a la tropa.

—¿Y nosotros? —se atrevió a preguntar Ashua, mientras deshilachaba sus bigotes de tanto tirar.

—Estas tierras pertenecen al Estado, por eso no tienen ningún papel que los acredite como propietarios. Ustedes usurpan este lugar y eso es un delito grave —frenó sus palabras y los ametralló con la mirada—. Pero como al parecer son gente de trabajo no los vamos a castigar; por el contrario, les vamos a dar otras tierras para que puedan habitar y cultivar en paz para la patria.

—Pero...

—Les repito que no tenemos la intención de echarlos y dejarlos sin nada, les aseguro que la tierra que les ofrecemos es mejor que esta e incluso tendrán algunas hectáreas más. Tienen quince días para preparar la mudanza. Podrán cargar todo ya que nosotros pondremos un camión a disposición.

Dicho esto tomó el último trago de vino, se levantó, dio un par de órdenes, y se montó al jeep que se alejó tras dejar una nube de polvo sobre los ranchos y las personas. El mañana se presentaba como un abismo.